

SAGUNTO, DE ESTADO SOBERANO A PRESIDIO CARTAGINES.

Luciano Pérez Vilatela

Durante la agonía de la ciudad sitiada, un saguntino se presentó como legado para parlamentar con el cruel sitiador. Se llamaba este parlamentario Alcón, **Alco** en latín (Liv. XXI, 12).

El negociador por **parte cartaginesa** fue el hispano **Alorcus**, soldado de Aníbal pero amigo y huésped público de los saguntinos. La hospitalidad era una de las instituciones más generalizadas en el mundo antiguo y según Diodoro de Sicilia (V,33) era particularmente apreciada por los celtíberos. Alcón había abandonado la ciudad asediada sin saberlo sus compatriotas y confiaba en alcanzar condiciones favorables con ruegos. La figura del "suplicante" es también muy común en la Antigüedad y podía o no obtener lo que solicitaba, pero durante el ejercicio de su demanda era inviolable (1).

Los cartagineses, mediante tres arietes habían conseguido derribar un lienzo de muralla, en el período en que las operaciones estuvieron a cargo del general Maharbal (Liv. XXI, 12,2), pero al regresar Aníbal de someter a carpetanos y oretanos, del asedio se pasó al asalto y una parte del **arx**, de la ciudadela, estaba ya en manos cartaginesas. La situación era pues, ya, desesperada.

Cuando Alcón se dió cuenta de que las lágrimas nada conseguirían "y que le proponían durísimas condiciones, como impuestas por un vencedor airado, de mediador se cambió en tráfuga y se quedó al lado del enemigo, diciendo que moriría quien bajo tales condiciones intentará proponer la paz" (Liv. XXI,12,5).

Rodríguez Adrados considera que las condiciones eran tan extremadas que explican (no justifican) la traición de la **fides** (2). Blázquez explica la resistencia sin límites de Sagunto por un caso de "clientela colectiva" (3).

Varios autores mencionan claramente la **fides** que los saguntinos habían contraído con Roma (vid. infra.).

Como dice con razón Blázquez los pueblos hispanos como los **Volciani** echaron en cara a los romanos el incumplimiento de la **fides** que habían contraído con Sagunto (Liv.XXI, I,9,6s.). Para los hispanos la situación era clara, pero todavía se pretende exculpar a Roma de su pasividad ante la pasión de Sagunto, aduciendo al parcialísimo Polibio, en una diferenciación entre la **fides** romanas y la **pistis** griega (Pol.III,15,5).

¿Cómo explicar la traición de Alcón y especialmente, cómo explicar esas palabras "debía morir quien llevase una propuesta de paz bajo tales condiciones"? (6). Estamos convencidos de que contienen una indicación del comportamiento de Alcón.

Las condiciones de paz aludidas eran: devolver todo lo suyo a los turdetanos y que después de entregar todo el oro y la plata, saliesen de la ciudad sin nada más que sus vestidos y se trasladasen donde el vencedor les señalase (Liv.XXI,12). Según Livio, una parte de la ciudad fue tomada por los cartagineses antes de que hubiesen podido ocupar el foro (Liv.XXI,13), donde se entremezcló la multitud excitada con los senadores para oír la propuesta de paz de Alorco (Liv.XXI,14,1s.) enviado por los púnicos. Otras traducciones del texto de las palabras de Alcón, como "moriría quien le propusiese la paz bajo tales condiciones" son más ambiguas, pues, a nuestro entender, parafraseando lo que quiere decir Alcón, es "que a un legado que fuese portador de tan inaceptables condiciones de paz, se le propinaría la muerte", o sea, que el "quien" se refiere al legado y que Alcón traicionó a Sagunto porque temía que sus conciudadanos lo ejecutasen como a un portador de malas noticias, realizando aquello de matar al mensajero (v. infra) que traía nuevas extremadamente desagradables, lo que era bastante corriente en la Antigüedad, y no sólo en ella, pese a la inmunidad de los legados (7).

La ciudad antigua era muy exigente con sus habitantes. La ciudad exigía vida y hacienda, si lo estimaba oportuno. Era verdaderamente un Leviathan político. Entre los antiguos iberos parece haberse dado también un gran desarrollo del poder interno del estado, concretamente en el caso de Sagunto. La dignidad de la ciudad-estado le impedía, como si se tratase de una afrenta, reducir el tamaño del territorio anejo (8), permitir la segregación o independencia de un núcleo, como en este caso la ciudad de los enigmáticos "turdetanos". Pero todavía más grave era abandonar los muros que ceñía el **pomerium** sagrado, el recinto de la ciudad. La desaparición física de su

ciudad significaba a la vez la desaparición de sus lares y penates, del templo y ceremonias dedicados a su fundador y a sus dioses protectores.

Los saguntinos debían abandonar su ciudad y sus riquezas y presentarse en donde les dijese el vencedor. Ello no implicaba necesariamente pasar a un estado de esclavitud, pues tal no figura en las condiciones fijadas por el implacable Aníbal; tal vez no hacía falta decirlo, por ser demasiado evidente, pero el hecho de que otra de las cláusulas dictadas por el Bárkida fuese las de congregarse los supervivientes en un lugar determinado fuera de la ciudad, pudiera indicar otra eventualidad, la de constituir allí una comunidad, que sin duda sería de autonomía muy limitada (8). Unos siglos después, bajo el imperio de Roma esa era la situación de la mayoría de las poblaciones hispanas de la provincia Tarraconense, la que según Plinio tenía 293 **ciuitates** que estaban subordinadas a 179 **oppida** (NH III,18). Pero los cartagineses iniciaron probablemente en **Hispania** las grandes concentraciones de esclavos (9).

Nuestro desconocimiento de la topografía del territorio soberano de Sagunto y por ende, del nombre mismo del lugar donde Aníbal pretendía reunir a los saguntinos supervivientes, nos impiden conocer si este paraje quedaba en lo que había sido dominio de aquellos turdetanos, Apiano (**Ib.**10), habla de **torboletai** (10), y por tanto, la nueva comunidad de los saguntinos exiliados, estaría pues sometida a sus antiguos súbditos. Esta cláusula explicaría la postrera desazón, primero del inquieto Alcón y después del conjunto de saguntinos con su pretor y senado a la cabeza, que prefirieron el holocausto colectivo ante una humillación semejante. El orden en que Livio nos presenta las cláusulas nos inclina por esta hipótesis, que resulta muy adecuada para los intereses de Aníbal en España, donde sus posiciones, pese a contar con importantes bases en la costa, eran más endebles de lo que suele creerse. Ni Aníbal, ni sus antecesores habían sometido efectivamente ni a los celtíberos, ni a los lusitanos (los celtas del Sudoeste) (11), las dos etnias de mayor importancia respecto a la potencia militar de toda la península, -los mismos celtíberos fueron los primeros hispanos en declarar la guerra a Cartago en 217 y en aliarse con los romanos (Liv.XXII,21). En estas condiciones convenía a la propaganda cartaginesa presentar a los otrora orgullosos saguntinos, como rebaño sometido a sus antiguos vasallos, aliados de Cartago, quien podía mantener el dominio del país, gracias a una complicada madeja de fuerza militar y alianzas políticas, entre las que destaca el matrimonio de Aníbal

con una mujer de Cástulo, **Imilce** (Sil.III, 95,s). La destrucción de Sagunto también sirvió a los propósitos ejemplarizantes del caudillo púnico, que los embajadores romanos pudieron comprobar en su entrevista con los **Volciani**, (Liv.XXI, 19,6), pero en un sentido diferente; ya no de cara a los pueblos hispánicos sometidos a ellos, sino de cara a los que aun permanecían autónomos y pudieran ser susceptibles de aliarse con Roma de forma eficaz. Los hispanos rechazaron esta eventualidad por la escasa garantía que les merecía la pasividad romana ante su aliada Sagunto (v. infra).

Las condiciones de paz de Aníbal expuestas a los saguntinos, senadores y plebe en tumulto, resultaron inaceptables. Los saguntinos prefirieron el suicidio, pero esta actitud no afectó a la totalidad, pues sabemos que otros fueron vendidos, de forma que cuando Escipión les restituyó la ciudad (CIL II,3836), pudo encontrar en el trozo de Hispania sometido un número suficiente de ellos. Destruyó además la ciudad de los turdetanos (Liv.XXIV,41: Zon.3,8), por lo que cabe sospechar que un núcleo de estos cautivos saguntinos habían permanecido en manos de ellos y de otros aliados de Cartago.

Por tanto, la destrucción política de Sagunto no buscaba preferentemente la "caza del hombre", la recluta de esclavos, acicate decisivo de futuras campañas romanas en varios frentes. Los cautivos eran repartidos entre los soldados como ocurrió en esta ocasión (infra) que a su vez podían venderse a los mercaderes o conservarlos como **calones** (criados), o a las mujeres como **contubernales** en el mejor caso.

Siempre se ha admirado la indiferencia de Livio o quizá de los analistas que fueron su fuente, por conservar el nombre del pretor saguntino que rechazó el ultimátum de Aníbal a los sitiados, y en cambio el recuerdo que hace de Alcón el traidor, y de Alorco el mediador y huésped público de los saguntinos, que les trajo las ominosas nuevas. ¿Por qué?, ¿merece el traidor el recuerdo como paradigma del felón que acaba por encontrar su merecido, como el **cum Iuda traditore** de los documentos medievales?. No.

Lo cierto es que Livio no apunta precisamente en esa dirección. Al contrario, reproduce unas inquietantes palabras cuya perspectiva proviene del bando cartaginés, tal como contemplaron los vencedores la escena de autoinmolación masiva "no creyendo Aníbal que fuese hora de dudar, atacando con todas sus fuerzas, tomó en un momento la ciudad y da orden de pasar

a cuchillo a todos los jóvenes en edad de combatir. Orden cruel, pero que los acontecimientos justificaron. Pues ¿quién podría ser perdonado de unos hombres que, o encerrados con sus mujeres e hijos se quemaron con sus propias casas, o con las armas en la mano no ponían otro término a la lucha que la muerte"? (Liv. XXI, 14,6s).

¿Que extraño ejercicio intelectual es éste?. Nos dice Livio, en definitiva que la fidelidad llevada hasta el extremo no merecía piedad. ¿No es el valor en sí mismo admirable? ¿Porqué se indultaba pues, en ocasiones, al gladiador derrotado, pero que se había defendido valerosamente?. Sólo cabe una explicación: por el buen espectáculo que había proporcionado. Eso era reconocible y valorable en su caso con el indulto, pero esa valentía colectiva venía a ser una especie de "instrusismo profesional". El suplicante era digno de compasión, pero al que sólo podía vivir como libre, sólo se le podía corresponder dejándole su libertad o aniquilándolo. A Livio le parece justificante el genocidio de los varones supervivientes por ser precisamente indomables.

En el mundo griego, la figura del suplicante como la del heraldo era respetable, como vimos.

La clemencia hacia los prisioneros manifestaba un "grado de civilización" (12) así se expresa Nicolaos cuando discute el destino que debe a los atenienses derrotados y capturados por los siracusanos en 413 (Diod. XIII, 24,3), explicitando en este pasaje las "reglas reconocidas por todos (los griegos), y que el odio no debe proseguir después de la victoria y la venganza detenerse ante el vencido", mientras que en otro pasaje menciona "leyes respetadas por todos los hombres" (Diod. XIII, 26,3), en lo referente a los suplicantes.

Por tanto, la caída de Sagunto ante Aníbal contemplada por otros griegos, Sileno y Sósylo -ambos en el bando cartaginés (13)-, que sirvieron de fuente de información a autores posteriores, mostraba una cadena de excepcionalidades:

- Pasividad de Roma.
- Inutilidad de los cauces habituales de comunicación.
- Hybris, de los vencidos consigo mismos.
- Crueldad del vencedor en las condiciones de paz y en el exterminio de los varones.

Por otra parte, a los ojos de los hispanos -en la parca medida que las fuentes lo han recogido- estos hechos fueron vistos con manifiesta desconfianza hacia las pretensiones romanas de alianza con comunidades hispanas o como la de los **Volciani** (14).

El hecho de haber amalgamado los metales preciosos con el plomo para fundirlos de forma que no aprovecharan al vencedor (App. **Ib.** 12), es otro motivo de la ausencia de piedad púnica que Livio encuentra en definitiva razonable. Por otra parte es una interesantísima cita del abasto de plomo que las ciudades ibéricas hacían para llevar su contabilidad en las famosas planchuelas de plomo con alfabeto ibérico, muchas de las cuales sostienen metrologías y cantidades, como ha visto Fletcher principalmente (15).

El relato "moral" de los últimos momentos de Sagunto resulta francamente descorazonador en Livio, al que no podemos exculpar, pese a depender de sus fuentes, pues en otras ocasiones matiza y contrapone sus juicios de valor. Agustín de Hipona es en cambio, un enaltecedor del hecho memorable del mantenimiento de la **fides** hasta el final, adelantando y en parte conformando la sensibilidad que han mostrado los tiempos posteriores con el destino de Sagunto abandonada a su suerte. Livio, por decirlo con una palabra griega, ve más **hybris** que **fides**, Agustín sólo **fides** (16) pero empañada por mediación de unos valedores falsos, los dioses.

Y muy anterior a Agustín, Silio Itálico, denostado largos períodos y reivindicado fugaces momentos es, en conjunto, el autor que más se ocupó de la defensa de Sagunto, pese a algún juicio de idiosincracia poco afortunado, y el que más interés mostró por recuperar o recomponer onomásticos, combates singulares, discursos, etnogénesis y otros aspectos de Sagunto preanibálica.

Si en el texto de Livio el clímax de la inmolación colectiva está precedido de una inútil y desazonadora negociación de paz, llevada a cabo por Alcón y Alorco, en el poema siliano la preparación al clímax está marcada por combates singulares; el del saguntino **Murrus** contra el hispano anibálico **Hiberus** (Sil. I 376,499), la declaración sangrienta de guerra que hace el propio Aníbal, las palabras de **Tiburna** la mujer de **Murrus**, etc. . . (Sil. II, 553-579).

El hecho de desaparecer como comunidad política era lo más grave, si no lo definitivo que podía ocurrirle a una **polis**. Hay que reconocer que el mundo clásico alcanzó mayor grado de urbanización que ninguna otra época hasta la Edad Moderna (17), pero hay casos como el de Mantinea recordado por Finley, que nos muestra hasta qué punto era una convención la vida poliada con su acrópolis, las estoas, el ágora: En 385 a. C. Mantinea, ciudad de Arcadia (el país menos urbanizado de Grecia, en época clásica) fué derrotada por los espartiatas, quienes le impusieron como condición de paz destruir la ciudad y que sus opidanos regresaran a las cuatro aldeas, donde habían vivido antes de construir el sinecismo de Mantinea, según cuenta Jenofonte (**Hel. V,2,7**): "Al principio estaban descontentos porque tenían que demoler las casas que poseían y construcciones y hacer otras nuevas. Pero cuando los propietarios estuvieron cerca de las fincas que poseían junto a las cuatro aldeas, y tuvieron una aristocracia y se vieron libres del peso de los demagogos, estuvieron contentos con el estado de los asuntos". En cambio, Capua fué físicamente conservada por los romanos tras la II Guerra Púnica para que "cansados por el cultivo de las tierras pudieran usar de la ciudad" (**Cic. de lege agraria I,88**) (18)- los labradores del entorno, se entiende-.

Lo cierto es que los ejemplos de Finley no son especialmente afortunados, singularmente el primero: Arcadia era para los griegos paradigma de región rural, poco poliada, verdadero **topos** literario durante siglos hasta nuestro Garcilaso y su escuela, cuando reverdece y ofrece frutos literarios espléndidos, en tanto que Capua fué respetada por interés de los propios romanos y sus aliados. Pausanias - ciertamente en un período de paz para Grecia, el siglo II d. C.- no estaba dispuesto a llamar **polis** a una aglomeración "sin edificio de gobierno, sin entorno, sin teatro, sin plaza pública, sin agua llevada hasta la fuente. . . el pueblo vive en casuchas, como cabañas montañosas, al borde de un barranco" (**Pol. X,4,1**). No ponía inconvenientes Pausianas por el hecho de que el pueblo fuese pequeño (19). Aristóteles (**Pol. 1330 a 34s.**) exige tener presentes cuatro consideraciones para la situación y planificación de una población: salud, defensa, conveniencia para la actividad política y belleza. En ningún lugar menciona un tamaño mínimo, como eventual requisito.

Los de Sagunto iban a perder la autonomía, al serle impuesto el dictado de Aníbal. La libertad de elección del lugar específico en que vivían y deseaban seguir haciéndolo, con sus santuarios, serían devastados por Aníbal, salvo el de Diana (20), y por supuesto perderían la autarquía, la autosuficiencia, al perder su territorio, entregado a sus enemigos los turboletas o turdetanos, que

eran una parte de los **hypekooi** de Sagunto que menciona Zonaras (IX,3,8).

R. J. Harrison se pregunta, desde una perspectiva arqueológica la "elección política" que subyace en el desigual desarrollo urbano de la península (21). Unas élites se decidirían por este modo de vida, otras temerían ver disminuido su poder, según Harrison. Hay además, otras razones: Los celtas del valle del Guadalquivir, parientes de los turdetanos, vivían sin embargo en aldeas, según Polibio (XXXIV,9,4), lo que dada la avanzada vida urbana del Sur peninsular reviste todas las características de una elección "política", en sentido contrario al literal, pues la vida urbana podía mestizarlos y desvirtuar la **andreia** característica de las sociedades pastoriles (22), modo de vida documentado desde la Edad del Bronce en España. Estrabón (IV,I,5) predecía la conversión de los bárbaros del Oeste y Norte de Europa, a la agricultura y vida urbana (23). Los saguntinos habían elegido mucho antes el modo de vida urbana y poliada con una agricultura y comercio florecientes en una rica **chora** (Pol.III,17), fundamental para el sostenimiento de la **polis**. Cuando se imaginaron privados de todas estas peculiaridades que hacían de ellos **ideológicamente** una **polis**, prefirieron autosucumbir. Por eso, cuando se alude a una política o estrategia de la "tribu" de los edetanos (24), en la cual se vería involucrada Sagunto se comete un error, tanto según el criterio de los datos positivos que no mencionan para nada la presunta estructura "tribal" gentilicia en el conflicto, como según la metodología (más bien estructural en este caso), que acude sistemáticamente a organizaciones étnicas para la explicación innecesaria de hechos políticos que revisten un carácter nítidamente **poliada**, singularmente Sagunto, pero también Numancia, cuyo carácter poliada (menos nítido que el de Sagunto, pero también evidente) se ha visto afectado por una historiografía y una hermenéutica atiborradas de "hordas".

Existía un compromiso entre los dioses y los hombres de la misma ciudad, pues ni unos ni otros podían abandonar el sagrado recinto por las buenas. Existía pues, un compromiso recíproco, un contrato entre unos y otros, como estudió Fustel de Coulanges (25).

Sin embargo, debe tenerse en cuenta que durante la época clásica griega, antiguas comunidades antaño autónomas y poliadas permanecieron largas centurias como grupo de asociación (población) sometidos a otra potencia, "despolitizados", en el sentido más literal de la palabra, los **ilotas** mesenios, sometidos a Esparta son el ejemplo supremo, pero hay otros como los

penestas tesalios y los **clarotes** y **miontas** cretenses (26), aparte de los **periecos** de Lacedemonia, en mejor situación que los ilotas y acaso más comparable al estado de sometimiento de las comunidades "vasallas" de Hispania.

Ello significa que sobre el relato de las negociaciones previas al fin de Sagunto, aletean tanto en la pluma del narrador y sus fuentes, como en las expectativas de los lectores, otras posibilidades más habituales, más cotidianas que el fin elegido por los saguntinos. La extrema valentía no es camino de misericordia en la Antigüedad Clásica. Lo mismo opina Apiano de los numantinos supervivientes y ordena su material de forma parecida: asedio, imposibilidad de recibir refuerzos, entrevista —en este caso de los jefes Avaros y Escipión (**Ib.** 95)— y una respuesta de rendición sin condiciones por parte del que se adivina vencedor.

La respuesta de los numantinos, de asesinar a Avaro y a los cinco senadores, **presbeis** (**Ib.** 96) es precisamente lo que había temido Alcón de sus conciudadanos saguntinos. El orgullo de la polis hispánica humillada se resuelve en **hybris**, palabra no empleada por Apiano (es más habitual en el arte de Talía que en el de Clío), como se evidencia en esta sintomatología: "los numantinos que ya, desde siempre, tenían un espíritu salvaje debido a su absoluta libertad y a su falta de costumbre de recibir órdenes de nadie, en aquella ocasión, aún más enojados por las desgracias y tras haber sufrido una mutación radical en su carácter, dieron muerte a Avaro . . .". Esta comparación de la actitud de desesperación entre los saguntinos y los numantinos nos hace pensar que, pese a darse extraordinariamente, era un comportamiento posible, pero acaso "anticuado", en esa determinada circunstancia histórica.

Sin embargo, el relato de Apiano, que procede según sus propias palabras (**Ib.** 88) de Rutilio Rufo (27), un ejemplar gobernante por su honestidad, vinculado al estoicismo, es quizá por ello comparativamente más comprensivo que el de Livio sobre Sagunto y hace hincapié en los fallos de humanitarismo de los numantinos, al haberse devorado los unos a los otros, pero también en la falta de misericordia de Escipión, su natural vengativo y desobediencia o indiferencia por las instrucciones del Senado (**Ib.** 98).

Silio representa gráficamente el abandono divino de Sagunto cuando una serpiente -animal psicopompo-, **anguis** cruza la ciudad en ruinas para aban-

donarla (Sil. II, 584). El emplazamiento de Sagunto había sido escogido por la divinidad según Silio (I, 276) pero también Livio (XXI, 7, 2) pues los zacynthios y rútilos ardeatinos, quienes según él habían fundado Sagunto, como las demás comunidades grecorromanas no construían ciudades en el primer emplazamiento que les ocurriese, sino en un lugar escogido por los dioses, por lo que los griegos tenían por norma consultar el oráculo de Delfos (Herod. IV, 156; Diod. XII, 12; Paus. VII, 2; Athen. VIII, 62). A Heródoto le parecía normal que una ciudad construida a despecho de la consulta sagrada sólo hubiese durado tres años (Herod. V, 42) (28). Los atenienses jamás fundaron una colonia sin observar su ritual religioso (Tuk. III, 24). El mismo gran historiador recordaba el día en que se fundó Esparta. Mencionaba que en aquel día se celebraron sacrificios rituales y se profirieron cánticos sagrados. Esparta nació, como muchas ciudades helenas, como un sinecismo de aldeas próximas. Posiblemente entre los iberos ocurrió lo mismo. Los abandonos de establecimientos del Bronce final en ciertas comarcas valencianas como La Huerta, puede que deban relacionarse con el crecimiento de ciudades ibéricas como Sagunto, La Carència de Turís, San Miguel de Liria, etc. . .

Sagunto no sobrevivió como ciudad nueva, sino como un gran penal, un presidio para los rehenes de los pueblos hispánicos inseguros (Pol. III, 97-99). Diodoro (XXV, 15), en la versión del "gran final" incide en la amalgama que efectuaron de los metales nobles con plomo y cobre, revelando la misma fuente que Apiano para este pasaje. Una ciudad alevosamente asaltada no rindió botín, sería la moraleja, lo que según Livio no sería históricamente exacto, sino que se obtuvo un botín enorme (XXI, 15), lo que tiene su lógica al ser la ciudad tan importante y el no haber participado todos los habitantes en la autoinmolación, lo que tampoco le sirvió de nada, pues no hubo misericordia (id).

Salustio (**Hist.** II, 64) cuenta que en las guerras sertorianas, Sagunto aún tenía las murallas semiarruinadas, las casas sin techo y los templos quemados por los cartagineses. Valerio Máximo (VI, 6, ext. I), no menciona la amalgama de metales, pero sí el amontonamiento de bienes en el foro y el incendio de vidas y haciendas. Destaca el mantenimiento de la fidelidad, de la misma forma que Floro (I, 22, 3) en un relato muy similar y el de Orosio (IV, 14, I) que no menciona el suicidio colectivo sino "calamidades dignas e indignas" y data el asedio en ocho meses de duración, en lo que coincide con Livio.

Silio Itálico relata una agonía prolija en detalles con suicidio colectivo e incendio, pero hay más: Los fantasmas de los saguntinos se aparecen en otros momentos posteriores del poema (vg. II, 704, s.).

San Agustín (**civ. Dei**, III, 20) alaba la **fides** mantenida por Sagunto hasta acabar en una pira, ellos y sus familias, criticando a los dioses paganos por no hacer nada, pese a que la alianza con Sagunto estaba sostenida teóricamente por ellos. "¡Ojalá hubiese mantenido esta fidelidad a Cristo sin necesidad de dañarse a sí misma con la espada y el fuego!". Agustín de Hipona fué uno de los más sinceros admiradores de la gesta de Sagunto.

El final de Sagunto como entidad política es contemplado con ciertas variantes, según los autores:

Livio (XXI, 15), menciona las riquezas destruidas y una matanza que apenas distinguió edades. Los prisioneros quedaban en poder de los soldados. Por otros textos sabemos que al menos una parte de los saguntinos vencidos se quedaron en Iberia, que "habían escapado de las desgracias de la guerra" (Liv. XXI, 41) en lo que conviene Zonaras (IX, 3, 8) y **CIL IV**, 3836.

En otro pasaje, previo a la expedición a Italia, Livio (XXI, 21) menciona el reparto y venta "de lo que quedaba del botín" y que sin perder momento Aníbal convoca a sus soldados hispanos y les dirige un discurso. Ello indica que la venta se produjo en el propio país, en Hispania.

Zonaras (VIII, 21) narra el incendio provocado, que mataron ellos mismos a quienes no podían pelear y los que se hallaban en edad de hacerlo se lanzaban contra el enemigo muriendo heroicamente.

Apiano (**Ib.** 12) cuenta la fusión del oro y la plata con el plomo y el cobre para que no sirviese (29). Los hombres se lanzaron al combate hasta la muerte y las mujeres se suicidaban de diversas maneras. Continúa diciendo que Aníbal hizo morir a los jóvenes aún supervivientes, cuando se enteró de lo que habían hecho con el oro. Dice en cambio, que reconstruyó la ciudad y la convirtió en colonia cartaginesa "viendo su situación cercana al mar, no lejos de Cartago y en una región fértil. Esta ciudad creo que se llama hoy Cartago **Spartagena**".

El error de Apiano, al confundir Sagunto con Cartagena es evidente. Pesaba sobre él la inveterada costumbre desde Alejandro con sus Alejandrías, hasta los emperadores romanos, de fundar una ciudad nueva con el nombre del vencedor o de su ciudad o de algún pariente suyo sobre el solar de la antigua ciudad destruida: Antioquía, Lisimaquía, Berenice, Seleucia, etc. . .

Ni la analística romana, ni Tito Livio, su principal usuario en época clásica tuvieron interés alguno en las "razones" de los bárbaros (30), para su desesperada resistencia, ni siquiera en el caso de Sagunto, la aliada de Roma. Su única virtud a los ojos romanos fue el mantenimiento de la **fides** pero éste se hubiese podido mantener igualmente sin suicidio colectivo, ni destructivo en bienes, ni ataques para buscar la muerte, sino aceptando meramente las reglas del infortunio "civilizado".

La deportación, la pérdida de bienes y de libertad –bien de una forma total, cayendo en la esclavitud o en una forma de dependencia de toda la comunidad respecto a otra ciudad– eran posibilidades bien conocidas por los historiadores clásicos, concretamente por Sileno y Sósylo a quienes hay que hacer remontar las fuentes originales sobre el asedio de la ciudad del "**oppidum** notable por su fidelidad" (Plin. **NH** III, 20).

Lo que me maravilla es la facilidad con que los juicios de valor de estos dos griegos (siciliano y lacedemonio, respectivamente) pasaron a la analística y a su mejor divulgador, Livio, manteniendo apenas como ornato, a modo de tozudez patriótica, la referencia obligada a la **fides**. No faltan los elementos grandiosos en la narración, pero engastados en un aura de desproporcionado amor a la libertad. Pero hay un segundo nivel de incomprensión de Livio sobre la causa saguntina: valora la resistencia de la ciudad sólo como **topos**, no como gesta militar, no como un hito importante de la guerra, que permitió a Roma prácticamente en un año más para preparar su estrategia. Los ocho meses de batalla ante Sagunto contrastan con la facilidad y rapidez con que cayeron las ciudades de Italia central y meridional y la tenacidad saguntina tan prolongada representó un escollo para los planes de Aníbal. Es posible que en los cálculos de Aníbal pesase mucho más la necesidad de eliminar en su retaguardia a un enemigo de potencia nada despreciable, que la de buscar pretextos sofisticos para obligar a Roma a declararle la guerra. Si hubiese tentado este objetivo "diplomático" por sí mismo, en cambio hubiese perdido la ventaja estratégica inicial que pretendía al atravesar los Pirineos y los Alpes para atacar Italia.

NOTAS

- 1- G. Wissowa, *RE*, IV A col.942s.,s.v.*supplicatio*; Id., *Religion und Kultus der Römer*, Munich, 1912 p.423,s; K.LATTE, *Römische Religionsgeschichte*, Munich, 1960, p.245 s.; G. Dumézil, *La religion romaine archaïque*, Paris 1987 (2ª)p.560 s.
- 2- F. Rodríguez Adrados, "La fides ibérica", *Emerita* XIV, 1946 p.128 s.
- 3- J. Mª Blázquez, *La Romanización II*, Madrid 1975, p.349.
- 4- Id., o.c. p.349
- 5- A. Pelletier, "Sagonte, Iiturgi, Astapa. Trois destins tragiques vus de Rome", *Mélanges de la Casa de Velázquez XXIII*, 1987 p.107s. diferencia la *pistis* griega, sin sentido de protección, de la *fides* romana; concretamente la expresión latina *in fidem se dedere* que suponía la sumisión total, el abandono de su defensa exterior a Roma. Ello sin embargo no exculpa a Polibio, quien conocía el suficiente latín y los usos romanos como para equivocarse él. M. Dubuisson, *Le latin de Polybe*, Paris 1985, p. 69,99,s.; G.Freyburger, "Fides et potestas, *πιστις* et *ἐξουσιασθη*", *Ktéma*, 7, 1982, p.177s.; S. Gruen, "Greek *πιστις* and Roman *fides*", *Athenaeum*, 60, 1982, p.50s. Más bien pensamos que Polibio, quien no tuvo inconveniente en falsear en ocasiones la Historia para dejar a Roma en buen lugar, como en el tratado romano-etolio, pretendiese mantener el equívoco para confundir a sus lectores helenos acerca del verdadero alcance de las responsabilidades de Roma.
- 6- *Moriturum adfirmans qui sub conditionibus iis de pace agerat* (Liv.XXI,12).
- 7- R. Lonis, "L'immunité des agents diplomatiques: hérauts et ambassadeurs", *Les usages de la guerre entre grecs et barbares*, Paris, Les belles Lettres, p.63s.
- 8- R. Lonis, "Les prisonniers", *Les usages* o.c.p.53, señala que en tanto que entre los sátrapas persas se dan casos de generosidad con los prisioneros según las propias fuentes griegas, no ocurre así en ningún caso con los cartagineses.
- 9- E. Matilla, "Surgimiento y desarrollo de la esclavitud cartaginesa y su continuación en época romana", *Hispania*, VII, 1977, p.99 deduce de las fuentes un trato bueno a los esclavos permitiéndoles vg. el matrimonio, cf. Plaut, *Cas. 67-77*.
- 10- Caioli, "Il significato d'un ironia liviana e l'importanza dei Turdetani (Torboleti), nel conflitto fra Roma e Cartagine", *Atene e Roma*, 1932. p. 197s.; p. 173s.
- 11- L. Pérez Vilatela, "Identificación de Lusitania (155-100 a.C.)", *Homenaje a J. Esteve*, Valencia 1990, p. 133 s.
- 12- R. Lonis, "Les prisoners", *Les usages de la guerre*, o.c. p. 42.
- 13- Sileno: F. Jacoby *FGrH*, 175; R. Lauritano, *Kokalos*, 2, 1956 p. 206; V. La Bua, "Filino-Polibio Sileno-Diodoro". *Sikelika III*, Palermo, 1966; K. Meister, "Hannibale in Sileno", *Maia* 1971 p. 3s.; Sósyllo: Jacoby, *FGrH* 176; U. Wilcken, "Eine Sósyllos Fragment in der Würzburger Papyrus Sammlung", *Hermes* 1906, p. 103s.
P. Bosch Gimpera, *Rivista de Filología ed Istruzione Classica*, 28, 1950 p. 313;
G. Manganaro, *Parola del Passato*, 14, 1959 p. 283; K. Bilabel, *Die Kleinen Historikerfragmente aus Papyrus*, Bonn, 1923, p. 29.
- 14- Cf. con los *Volcae* de la Galia, vecinos de los Pirineos y con el epígrafe monetar Bolscan.
- 15- D. Fletcher, "Neue Iberische Inschriften aus der Provinz Castellón de la Plana", *Die Sprache*, 16, 1970, p. 149s. Id., "Nuevas Inscripciones Ibéricas de la región valenciana", *APL* 13, 1972, p. 103s. ID. "Orlely III plomo ibérico escrito procedente de Vall d'Uxó", *AEspA* 115-116, 1967, p. 51s.; F. J. Oroz Arizcuren, "El sistema metrológico de la inscripción ibérica del cuenco de la Granjuela",

Actas II Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica, Salamanca, 1979, p. 283s.

- 16- L. Pérez Vilatela, "La tragedia de Sagunto en "La Ciudad de Dios" de San Agustín", *Arse*, 21, 1966, p. 73s.
- 17- M. I. Finley, *La Grecia antigua. Economía y sociedad*, Barcelona, 1984, p. 56.
- 18- Finley, o. c., p. 57.
- 19- Finley, o. c., p. 36.
- 20- Plin NH, XVI, 216, cf. L. Pérez Vilatela, *Arse*, 22 p. 15s.
- 21- R. J. Harrison, *España en los albores de la historia*, Madrid 1989, p. 56
- 22- Particularmente, en la tradición cínico-estoica, cf. D. Dyroff, *Die Ethik der Alten Stoa*, Berlín, 1987; L. Paquel, *Les cyniques grecs*, Omaha 1975, p. 50, sobre Antístenes; J. Lens, "Viriato, héroe y rey cínico", *Estudios de Filología Griega*, nº 2 Univ. de Granada, 1986, p. 253s.
- 23- F. J. Lomas, "Bárbaros y barbarie en Estrabón", *Actas I Congreso Andaluz de Estudios Clásicos*, ed. Jaen, 1982, p. 15s.; P. Thollard, *Barbarie et Civilization chez Strabon. Étude critique des livres III et IV de la Géographie*, París, 1987 p.19s., 27s., 59.
- 24- Curiosamente, G. V. Sumner "Rome, Spain and the outbreak of the Second Punic War; some clarifications", *Latomus*, XXXI, 1972 p. 469, presentaba a los edetanos como los enemigos de Sagunto. Sobre la relación Sagunto/edetanos vid. L. Pérez Vilatela, "La adscripción de Sagunto a sucesivas estructuras étnicas", *Arse*, 23, 1988, p. 9s.
- 25- N. D. Fustel De Coulanges, *La ciudad antigua*, México 1974 (París 1864) p.102. Finley, o. c. p. 17, 415, muestra ciertos reparos a la tesis global de Fustel, no a su erudición, ni a muchas de sus asociaciones.
- 26- M. I. Finley, "The Servile Statuter of Ancient Greece", *Revue Internationale des Droits de la Antiquité (RIDA)*, VII (3.ª serie. 1960 p. 165s.; Id. *La Grecia Antigua. Economía y sociedad*, Barcelona, 1984 (Londres, 1981), p. 127s.; J. Mangas, "Servidumbre comunitaria en la Bética prerromana", *MHA I*, 1977, p. 151 estudia el estado de sumisión permanente de unas ciudades por otras de aquella zona. Vid. tb. A. Ruiz Rodríguez, "Las clases dominantes en la formación social antigua de la Península Ibérica", *MHA I*, 1977 p. 141s.
- 27- A. Sancho Royo, "En torno al "Bellum Numantinum" de Apiano", *Habis IV*, 1973, p. 23.
- 28- Fustel de Coulanges, o. c. p. 100.
- 29- A. Schulten, *FHA III "Las guerras de 237-154 a. de C".*, Barcelona, 1935 p. 41 nota la coincidencia de Silio (I, 238) con App. (Ib. 10), deduciendo de ello que procede de Valerio Antias, pero sin decir porqué.
- 30- A. Tovar, "España en la obra de Tito Livio", *Quaderni dell' Instituto Italiano di Cultura en Spagna*, 7, 1943 p. 3s. recuenta las veces que Livio llama bárbaros a los hispanos en estas fechas (fin de siglo III, principio II a. C.) y otros juicios de valor.